

NOTICIA HISTÓRICA DEL CERCO AMURALLADO DE MONTBLANCH, Y HECHOS HISTÓRICOS CON QUE SE RELACIONA

Trabajo premiado en el Certamen literario celebrado en 1910 con motivo de la coronación de la Virgen de la Serra (Montblanch).

I

LA guerra entre los dos Pedros, el de Castilla, apellidado *el Cruel*, y el de Aragón, conocido por *el Ceremonioso* o *el del Puyalet*, constituye uno de los episodios más interesantes de la historia nacional, durante la Edad Media, dados los incidentes, convenios, alianzas, treguas, gestiones diplomáticas, pactos lícitos e ilícitos, asechanzas y demás resortes que ambos combatientes pusieron en juego, para inferirse el mayor daño posible en sus reinos respectivos, sus bienes propios y sus personas.

Arrebatado, sanguinario y desleal el de Castilla; astuto, autoritario y reservado el de Aragón, la enemistad que los dos soberanos se profesaban por recelos de familia, bastó para que la presa de dos naves genovesas, en aguas de Cádiz, a presencia de Pedro *el Cruel*, por el almirante aragonés Francés de Perellós, determinara aquella cruenta lucha, llevada a todos los terrenos y a todas las esferas, hasta lograr la pérdida del trono y el aniquilamiento completo del castellano por su terrible adversario.

Pedro IV hizo surgir del seno de la bastardía un poderoso rival a su enemigo, amparando al hermano ilegítimo del de Castilla, Enrique de Trastámara, y aunque Pedro *el Cruel* quiso tentar otro medio análogo para vencer al de Aragón, protegiendo al infante D. Fernando, su hermano de padre, que ambicionaba la lugartenencia del rey, el plan no le salió ajustado, toda vez que el

infante se reconcilió con el aragonés, aun a trueque del odio del castellano.

Inauguróse la lucha en 1356 con notorio encarnizamiento. *El Ceremonioso* interesó la presencia del *Bastardo*, y para halagarle, en 8 noviembre del indicado año, hallándose ambos en el lugar de Pina, dió al último los feudos que pertenecían a sus hermanos, excepto Albarracín y Tortosa, que compensó con los dominios de Montblanch y Tamarite de Litera.


Como un ultraje recibió Montblanch la entrega de la villa a un príncipe extranjero y de procedencia ilegítima, y a tal grado llegó la excitación popular, que varios vecinos levantaron el domicilio y trasladaron el hogar a Lérida, a Tarragona y a los pueblos de su campo. Escribió el monarca dando todo género de excusas y manifestando que pronto devolvería la población a su pristino estado; mas como los ánimos no se tranquilizaran y continuase la emigración, desde Zaragoza, en 22 de octubre de 1357, previno al veguer de Lérida, Conrado Naytal, que detuviera a cuantos habían abandonado la villa, e hiciera reconocer a todos el señorío del de Trastamara.

Naytal, a la vez que ejecutaba las órdenes del rey en su veguería, se dirigió al veguer real de Tarragona, mediante exhorto, a fin de cumplir lo mandado. Era gobernador de la Mitra tarraconesa D. Romeo Cescomes, y recibida la orden en 28 de dicho mes, contestábala el alto funcionario eclesiástico con otro mandamiento prohibitivo, para que nadie se atreviera a cumplimentarla, por ser dictada en perjuicio de la jurisdicción comun o de *la Senyoria*, y como de nuevo instara su ejecución el comisario leridano, escribiendo a ambos vegeres, el real y el del arzobispo, dispuso dicho gobernador que no se aceptasen sus letras, pues el rey no poseía en Tarragona el general dominio que le competía en el resto del Principado. (*Proc. de la Correa, doc. 116 y 117*).

Por fortuna, aquel conflicto duró escaso tiempo, puesto que en 31 de octubre de 1360 D. Pedro confirmaba los privilegios de Montblanch, declarando que le había sido devuelta la villa de manos del conde de Trastamara, y entonces el veguer montblanchense, sin duda por orden real, invadió el campo de Tarragona para detener al vecino que todavía no había vuelto a su jurisdicción, siendo excomulgado por el prelado y con enérgica protesta de éste, de que hace mérito su carta dirigida al rey, en 5 de marzo de 1361, contestando a otra del soberano, pidiéndole la absolución de dicho veguer.

II

Antes del suceso relatado, había ocurrido ya el atrevido y furioso ataque de Barcelona por la escuadra del rey de Castilla. Apoyada dicha escuadra por otra genovesa y por varias naves de los reyes de Portugal y Granada, a mediados del año 1359 pasaba por las aguas de Tarragona, sin atreverse a combatir sus recios muros, a pesar de haberse acercado a la costa, y siguiendo el rumbo hacia el norte, se presentaba en 9 julio frente a la playa de Barcelona, librando allí combate para apoderarse de unas galeras del rey de Aragón, sin conseguir su objeto, gracias a una *lombarda* o *bombarda*, en que se utilizó por vez primera la pólvora; y desfilando otra vez por la costa catalana, desde el cabo de Tortosa hacia rumbo a Ibiza, que asimismo atacó, hasta dirigirse a Valencia y Cartagena.

Temeroso el rey de Aragón de que su enemigo no repitiera la hazaña, al llegar al año 1360 preocupóse seriamente de acumular fuerzas de mar y tierra en defensa de sus estados. Para ello, a primeros de junio mandaba a Tarragona a su primogénito D. Juan, a la sazón de nueve años, con varias órdenes para fortificar las ciudades, villas y lugares próximos al Mediterráneo, en vista del éxito del recinto amurallado de la ciudad, que no se había atrevido a combatir su adversario, y después de convenir el primogénito sobre la reparación de aquel recinto, llevada adelante en los tres siguientes años, hasta construir el patriarca-arzobispo D. Pedro Clasquerí, canciller del rey, la muralla meridional, desde la llamada *Torregrosa* al baluarte de Santa Clara, salieron infante y prelado hacia Valls, en donde se celebró una reunión de los representantes de los pueblos del Campo, encaminada a obtener los medios para el cierre de las poblaciones marítimas, como Tamarit y Cambrils. El rey, que se encontraba en Barcelona, aprobó el proyecto, y al comunicarlo al metropolitano, hizole saber también (1.º octubre) que acababa de resolver cierto conflicto entre los vegueres de Montblanch y Vilafranca sobre jurisdicción en los términos municipales inmediatos al monasterio de Santas Creus, declarando que el territorio de Querol quedaría sujeto al primer funcionario y los de Gayans y Ramonet al segundo (*Cart. de* , *doc. Vvv, n.º 10 fol. 219*).

La guerra, sin embargo, en adelante fué más activa en las

fronteras de Aragón, apoderándose los castellanos de Calatayud, Magallon, Borja y Tarazona, y D. Pedro que celebraba cortes generales en Monzón en 1365, ordenó, en 8 marzo, que se activase la reparación de las murallas de Tarragona, se procediera a construir las de la Selva, Alcover, Valls, Constantí y otras poblaciones del campo (*Proc. de la Cor. doc. 154*), y de aquella fecha debe ser también el mandato para amurallar la villa de Montblanch, próxima al teatro de la lucha, sin que pueda determinarse cual era el estado de la obra en 1366, en que llegó a dicha villa el conde de Trastámara para hacerse cargo de las famosas compañías blancas, destinadas a combatir al rey de Castilla.

En efecto: el soberano de Aragón había contratado al francés Bertrand Duglesclin, al inglés Hugo de Caviley, al conde de la Marche y a otros capitanes extranjeros, que con sus gentes de armas, debían agregarse a las huestes del *Bastardo*, a fin de vencer al mónstruo castellano. Llegada a Barcelona aquella abigarrada muchedumbre a últimos del año 1365, en enero del siguiente pasaba a Tarragona, alojándola en sus arrabales, saliendo luego hacia Valls, a donde, procedente de Montblanch, acudía también el de Trastámara, y verificándose en 25 de dicho mes la oportuna entrega, a presencia del rey y del metropolitano. De los datos anotados en las cuentas de la *Comuna del Camp*, que consignan algún detalle de la citada excursión, se desprende que ya contaban con su cerco defensivo las villas de Valls, La Selva y Alcover, sin que aparezca lo mismo respecto del de Montblanch, apesar de indicarse que se colocaran escuchas en Picamoixons, Lilla y Prenafeta, para averiguar los movimientos del *Bastardo*, y se mandaron peatones con pliegos y cartas a dicha villa, a Valls y a Tarragona, a fin de ponerse en relación el rey y el arzobispo con el pretendiente, antes de la reunión en Valls. Tan escasa confianza inspiraban semejantes huéspedes, que al salir de Valls el día 26, acaudillados por el conde de Trastámara, en dirección a Montblanch, para continuar por Lérida y Aragón su viaje a Castilla, los cónsules de Tarragona, enviaron a Arnaldo Çafortesa a Montblanch, a fin de que su veguer certificara acerca de la ruta emprendida, pues se abrigaba el temor de que una vez percibido el estipendio contratado, regresarían aquellas a Francia. (*Arch. mun. de la Selv. lib. I, Cuenta de la Comuna*).

Huyendo Pedro el Cruel del azote de las compañías blancas, refugióse en Burgos, y aliándose con el príncipe de Gales, llamado el Príncipe Negro, logró derrotar, en 5 abril de 1367, en la

batalla de Nájera, a su terrible adversario, obligándole a internarse en Aragón y regresar a Francia con sus aventureros y parciales.

Hízose entonces necesario activar el cierre de las poblaciones, pues grupos de aventureros, esparramados por Cataluña, devastaban los pueblos y sus comarcas. De ahí la orden del *Ceremonioso*, dictada en 19 febrero de 1367, para dar impulso a las obras de la muralla de Montblanch, y no consentir que satisficieran gabela alguna con aquel destino, los habitantes de otras localidades de la veguería que por resguardarse en sus propios castillos, dejaban de ampararse en los muros referidos, con lo cual se viene a justificar que si en la fecha del documento no estaban terminados, podían utilizarse ya como medio de defensa. (*Bofarull; Col. de d. n.º 6*).

Fácil es que esté relacionada la conclusión de la obra con lo ocurrido en el bosque de Poblet en el mismo año 1367, en donde fueron muertos dos vecinos de Montblanch sorprendidos por los guardas del monasterio cortando árboles, sin duda para el andamiaje, pues no se concibe que por violencias o disputas particulares tomara la villa tan a pecho el castigo de los culpables, invadiendo el vecindario en masa las dependencias del monasterio, subiendo la noche del 21 de diciembre hasta la granja de la *Pena*, con muerte de su administrador el converso fr. Pedro de Basarot, e incendio de la casa y capilla; y dirigiéndose al siguiente día a poner fuego a las demás granjas, con destrucción de frutos y apropiación de animales y aperos de labranza, por lo que más tarde la población fué condenada al pago de 40.375 sueldos, y aun se ha supuesto, sin verdadero fundamento, que el monarca ordenó cercenar las torres que coronan su nobilísimo escudo heráldico, en castigo de su rebeldía.

III

Dando, pues, por terminadas las murallas de Montblanch por todo el año de 1367, se impone el deber de emitir alguna idea descriptiva sobre la fortificación expresada, con arreglo al tema.

Todas las obras de aquella índole y del periodo relatado, presentan análoga fisonomía. Debían ser construídas de cal y canto, esto es, de mampostería, con un ancho de cuatro palmos por lo menos y de cincuenta a sesenta de altura, sin insterticios ni aberturas, a cierta distancia de los últimos núcleos de edificios, por

si la población se ensanchaba, y siguiendo las sinuosidades del terreno, si su cimentación no podía ser completamente plana. Los fosos habían de quedar limpios, en el caso de abrirlos, y desde luego era procedente el derribo de toda obra exterior, contigua al muro, con lo cual se establecía cierta zona polémica. En los puntos de mayor ataque, como en las puertas de entrada o en ángulos vulnerables, correspondía construir torreones de defensa, cuadrados o circulares, según fuese conveniente, de tal modo que los defensores de una torre se avistaran con los de las dos inmediatas, a derecha e izquierda, y podía coronarse toda la obra con merlones, almenas, saeteras y latroneras. Tales son las instrucciones, más o menos detalladas, que en 1363 dió el paborde de Tarragona, señor de la villa de la Selva, a los vecinos de dicha villa, siguiendo las recibidas del rey o su lugarteniente, para construir aquella muralla, y así parecen levantadas también las de Tamarit, Alcover y Cenobios de Poblet y Santas Creus, según los restos que todavía pueden apreciarse, análogos y semejantes a las de la villa de Montblanch. (*Arch. de la Selva doc. sin núm.*)

Por punto general, abríanse en dicho recinto amurallado cuatro puertas, que corresponden a cada uno de los cuatro puntos cardinales, constandingo, con referencia a Montblanch, que una de ellas estaba en el extremo de la calle de Barcelona (*Bofarull, col. de doc. n.º 8*), sin que pueda estimarse como tal puerta de muralla, la que antes, en el siglo XIII, tuvo el nombre de *porta petraria*, comun en las localidades para el cierre de las boca-calles, con el objeto de dejar en custodia los hogares durante la noche, sin más pretensión que la de defender a las familias de algún ataque que intentaran bandoleros y malhechores. La puerta llamada actualmente de la *Serra*, probablemente es la que conserva aun la fisonomía característica del periodo de su construcción.

IV

Con el regreso a Castilla de Enrique de Trastámara, después de las famosas negociaciones diplomáticas de D. Pedro IV de Aragón, durante los años 1366 y 1367, que con tanta competencia ha detallado y justificado el historiador catalán Sr. Miret y Sans, en su monografía «*Negociacions de Pierre IV d'Aragon, avec le cour de France*» (*Revue Hisp. tome XIII, 1905*), la nueva

muralla de Montblanch salvó a la villa de las bandadas de extranjeros, que por el Valle de Arán y otros puntos de los Pirineos orientales atravesaron el corazón del Principado, hacia Barbastro, Calahorra y Burgos, siguiendo las banderas del *Bastardo*, sin que pudieran librarse de sus rapacidades, comarcas tan importantes como las del condado de Pallars, Tremp y Sagarra, obligando a pasar a Cervera, con sus huestes, al soberano aragonés, a fin de ahuyentarlas, y corriéndose algún grupo hasta los dominios de los monasterios de Poblet y Vallbona, toda vez que en 1371 el propio monarca dictó un indulto en favor de dichos cenobios y sus vasallos, a fin de librarles de las responsabilidades que los vegueres les exigían por aquellos sucesos (*Cart. de Pob. n.º 20, doc. 43*).

Muerto D. Pedro *el Cruel* por su hermano *bastardo* D. Enrique, en los campos de Montiel (marzo de 1369), y elevado el *fratricida* al solio de Castilla, no aminoró la intranquilidad en los pueblos de Cataluña, amenazados ahora por Bertran Duglesclin y sus compañías blancas, que querían a todo trance el condado de Molina, y a quienes secundaba el monarca castellano, olvidando los favores recibidos del rey de Aragón.

Para evitar nuevos desmanes, dispuso D. Pedro IV, en 25 junio de 1369, que su hijo juntase toda la gente de guerra en Lérida y que se pusieran en defensa las villas de Cervera, Tárrega, Montblanch, Vilafranca, Manresa y otras, así como las ciudades de Lérida y Tarragona, mandando que inmediatamente fuesen cerrados los monasterios de Poblet y Santas Creus, a cual fin, en 3 de septiembre, facultaba al abad del primero, fr. Guillermo de Agulló, para construir muralla, esplanada, fosos y otras fortificaciones, bajo la dirección de su lugarteniente, el prior de San Juan, fr. Guillermo de Guimerá, y previniendo que los vasallos del monasterio, que habitaran en lugares indefensos, se recogiesen con sus bienes dentro de aquel recinto, con el deber, no obstante, de sufragar los gastos de la obra.

Para rehuir la nueva carga, muchos comarcanos huyeron a Montblanch y Lérida, y el rey, en 19 febrero de 1370 y 12 marzo de 1371 ordenó a los vegueres y oficiales de Montblanch, Lérida y Cervera que no les admitiesen en sus distritos, y en 12 septiembre de 1374 dispuso que su gobernador, D. Ramón Alemany de Cervelló, les obligara a trabajar en las obras, para concluir las cuanto antes, pues los monjes amenazaban con abandonar el cenobio por temor a las cuadrillas de aventureros que

todavía vagaban por el país (*Arch. de la Cor.*, t. IV doc. 104 y 105 y *Cart. de Pob. n. 20, doc. 41*).

Acerca del monasterio de Santas Creus, no comenzó la construcción de su muralla, al parecer, hasta 1376, aunque tres años antes, ya ocurría un conflicto entre los monjes y los habitantes de Secuita, que eran de su dominio, sobre la *tascha* impuesta para dar principio a las obras.

Todavía otras invasiones de extranjeros, como la de Jaime de Mallorca (1374); la de Bernardo de Armañach durante el reinado de Juan I (1389), y la del conde de Foix (1396), mientras poseía la corona el rey D. Martín, perturbaron la tranquilidad del país y sembraron la alarma en Montblanch, obligando a renovar la defensa de su muralla, dada la ruta que siguieron los enemigos.

La muerte sin sucesión del último soberano citado, duque y señor de Montblanch, mientras fué infante de Aragón, volvió a conturbar el ánimo de los catalanes, pues se presentaba por resolver el pavoroso problema de la sucesión dinástica. Montblanch, como los demás pueblos del Principado y de la Corona, acordó tributar exequias al difunto soberano, pero al mismo tiempo previno lo necesario a su defensa, a fin de rechazar a cualquier enemigo.

A su recinto amurallado hubieron de ampararse los primeros diputados del interregno, que convocados a parlamento por el gobernador de Cataluña, iniciaron, en 31 de agosto de 1410, en la iglesia de San Miguel, el plan encaminado a decidir el conflicto de sucesión a la corona, y a dichos muros debió también la villa la inmunidad de sus habitantes, cuando en enero de 1412 ordenaba el conde de Urgel a D. Ramón de Perellós, que al frente de cuatrocientos caballeros, la mayor parte de Gascuña, hiciera una excursión hasta Cherta y Valencia, en socorro de su gobernador, pasando la expedición junto a las murallas de Montblanch, y cabalgando con armas e insignias reales, como si se tratara ya de un nuevo soberano, extremos que el consulado montblanchense hizo presentes a la asamblea, reunida en Tortosa, dada su gravedad e importancia.

Mucho pudo influir aquel impolítico alarde de fuerzas en la decisión de los compromisarios de Caspe, que en 25 de junio del mismo año adjudicaron la corona a D. Fernando de Antequera. Semejante fallo no tuvo valor el conde deshauciado para sufrirlo con resignación, y alentado por su madre D.^{na} Margarita de Antillon, apeló a las armas en defensa de su pretendido de-

recho. Montblanch cerró las puertas de sus murallas a D. Jaime de Aragón, puso en defensa la villa, y apesar de su proximidad al condado de Urgel y de sus relaciones con aquel país, se colocó resueltamente al lado de D. Fernando, que hizo de la misma su centro de operaciones de la región meridional de Cataluña, al que fueron a parar los hombres de armas de Tortosa y Tarragona, cuando, publicado el *usatje Princeps namque*, para que el rebelde se convenciera de que su causa había sido ya juzgada por la conciencia pública, Cataluña en masa acudió a estrechar el cerco de Jaime el *Desdichado*, en los alrededores de Balaguer, bajo las banderas de su rey y señor.

Aquel drama, iniciado con las célebres palabras de D.^a Margarita *¡Fill meu, ó rey ó rés!*, acabó con el fallecimiento de su protagonista en la cárcel de Játiva (1433); la de su madre, pobre y desvalida, en Morella (1420); la de su esposa, aquella apuesta dama, mimada de tres reyes, en un humilde albergue de Alcolea del Cinca (1424), y la de su hermana D.^a Leonor, en la gruta de San Juan, término de Montblanch, víctima del frío, del hambre y de la miseria (1430).

V

Los muros que con tanto afán mandó levantar D. Pedro IV en las ciudades y villas del Principado, durante sus luchas con Pedro *el Cruel* de Castilla, sirvieron en adelante para retardar la resolución de cuestiones azarosas que andando el tiempo perturbaron la paz y tranquilidad del país, mientras los medios para la guerra empleados permitieron, a tal sistema defensivo, amparar la vida, el honor y los bienes de los ciudadanos.

Ejemplo palpable de ello aparece en los sucesos que se desarrollaron en Cataluña durante las guerras entre los catalanes y D. Juan II, en el siglo xv, y las que surgieron durante el gobierno del ministro universal de Felipe IV, el conde duque de Olivares, en el xvii.

Montblanch y sus habitantes, en el primer periodo, conocido por «Turbacions», desde 1460 a 1472, dividiéronse en dos bandos, afecto al rey el más importante y numeroso, que acaudillaban sus vegueres y cónsules, y reducido el otro, que seguía a la Diputación, representado por deber en los primeros dias por

su diputado local, Guillermo Carnicer. Aquella diversidad de opiniones quedó perfectamente dibujada en 5 de mayo de 1462, en que por orden de la reina D.^a Juana, se hizo público pregón prohibiendo que nadie se atreviera a formar parte del ejército del Principado, y a la media hora se pregonaba lo contrario por disposición de dicho diputado, en virtud de mandato de la Generalidad, repetido tres días después el bando para hacer pública la declaración de traidores contra varios consejeros reales. Indecisa la población durante aquellos días, en 9 del siguiente junio llamaba el rey a Balaguer al cónsul Juan Salgueda, llegando luego a Montblanch Ramón Berenguer de Llorach, señor de Çalmella, con una carta del soberano, en que pedía guarnecer la villa con cien caballos, ordenaba otra vez que no se acogiese a gente del General, y solicitaba otro servicio reservado. En su vista, el cónsul en *cap*, Juan de Villafranca pasó a tomar consejo del conde de Prades y del arzobispo de Tarragona, D. Pedro de Urrea, que vigilaban sus respectivos dominios, decididos partidarios de Juan II, inclinando éstos a la autoridad municipal a que se manifestase neutral en semejante conflicto, y conocido el consejo por la Diputación, remitía a Guillermo Carnicer el edicto en que a la vez eran declarados traidores a la patria, el citado conde, el prelado y otros nobles.

Negóse Montblanch a cumplir el mandato, enviando a Barcelona para escusarse al letrado micer Ugo de Migevila y a Antonio Ferrer, y como en la carta de *creença* (24 junio) se declaraba que la villa «*es posada vuy en molta angustia, trebal, congoixa é calamitat*», y se hacían ofrecimientos a las autoridades de Barcelona, determinó la corporación catalana remitir cien hombres a Montblanch y veinticinco a Poblet, al mando de Hugo de Passanant, para la guarda de ambos puntos.

Con aquel destacamento, parecía que en Montblanch triunfaban los enemigos del soberano; pero su marcha a los pocos días (8 julio) hacia Poblet, en donde se reunía una hueste destinada al socorro de Castellidasens, volvió a dar fuerza a los partidarios de D. Juan, desengañado Hugo de Passanant de la actitud de los montblanquenses y del escaso entusiasmo que reinaba en favor de la causa de la Generalidad, como que en la misma fecha escribió a esta y decía: que al pedir auxilio a Montblanch para la empresa de Castellidasens, obtuvo «*tant fluixa resposta, que no mostra amar la honor ni benavenir del dit Principat, fahent tals rahons que no puch creure los pus flachs homens del*

mon no donassen millor rahó de si que la que ells donen; tenint tant gran spant, que los sembla que si trahien lo peu seu los sembla que serien tots morts.» Al mismo tiempo, los monjes de Poblet que daban cuenta a la Generalidad de valerse de los cien hombres de Montblanch para nutrir su hueste de socorro, manifestaban que *«son á Montblanch contra la voluntat dels de Montblanch»*, constando luego que por la propia Diputación se ordenó el secuestro de los bienes de Juan de Villafranca, cónsul *en cap* de la villa, por desafecto a su causa y partidario de la del rey (*Col. de doc. del Arch. de la C. (M. Bofarull)*).

Contribuyó eficazmente a la actitud de Montblanch en aquellas circunstancias el antagonismo que entonces existía y venía existiendo desde siglos anteriores entre Montblanch y Sarreal, debido a cuestiones de jurisdicción entre ambas universidades, resuelta una de ellas por Jaime II en 22 de marzo del año 1309 (*Bof. Col. de doc. n.º 46*), y las que se originaron por los privilegios de feria entre los mismos; así es que bastó que Sarreal se decidiera completamente por la Generalidad, para que Montblanch pensara en contrario sentido.

Gracias a sus murallas, pudo entonces Montblanch continuar esa especie de neutralidad armada, acogiendo con solicitud a la hueste del Campo de Tarragona, derrotada a mediados del siguiente agosto en los alrededores de Santa Coloma de Queralt por el arzobispo de Zaragoza, hijo ilegítimo de D. Juan II, con pérdida de su capitán P. Luís de Vilafranca, y unos ochenta hombres entre muertos, heridos y prisioneros; como vió con impasividad, durante el mes de septiembre inmediato, la lucha que entablaron los hombres de Prades con los de Espluga y Poblet, ayudados por algunos de Montblanch y Sarreal, para causarse todo género de perjuicios en sus respectivos territorios; y una vez tomada Tarragona por el monarca en 31 del siguiente octubre, Montblanch salió a recibir al rey y a presentarle las llaves de la villa, en señal de reconocimiento de su soberanía, al dirigirse inmediatamente, después de aquel suceso, hacia Balaguer.

No menor servicio prestó el recinto amurallado de Montblanch a su importante vecindario durante la guerra de los catalanes contra Felipe IV, que comenzó con la revolución de Barcelona en 7 de junio de 1640 y terminó con la capitulación de dicha ciudad en 1652.

En el periodo histórico citado, Montblanch desde el primer

momento se colocó al lado de la ciudad condal, y siguió su suerte hasta casi finalizarse la guerra, formando desde luego un tercio armado entre sus habitantes y los de la veguería, que al mando de D. Ramón de Guimerá pasó inmediatamente a Cherta, a fin de impedir la entrada del ejército del rey, acaudillado por el marqués de los Velez, destinado a ocupar el Principado. Después de la derrota del marqués en las alturas de Montjuich (1641) y de las inteligencias de la Diputación con Richelieu y Mazarino, ministros de Luis XIII y Luis XIV, de Francia, el general Mr. Lamotte, que capitaneaba todas las tropas, catalanas y francesas, estableció su centro de operaciones en Montblanch, bien para sitiarse por dos veces, en 1641 y 1644, la ciudad de Tarragona, residencia oficial del virrey español, bien para impedir las operaciones del ejército que obró sobre Lérida y Balaguer, bien para rechazar a las columnas que intentaban pasar el Ebro para penetrar en Cataluña.

Los virreyes franceses sucesivos, el conde de Harcourt, Brazé y Condé, también fijaron en Montblanch la base de defensa de toda la región meridional de Cataluña, y apesar de que es conocida la ruta de las tropas españolas, especialmente desde Tarragona a Lérida, camino que recorrieron con frecuencia, jamás trataron de atacar a Montblanch, plaza fuertemente guarnecida por sus habitantes y por el ejército francés, que en ella invernaba frecuentemente y descansaba de las fatigas de la campaña.

Al general D. Juan de Garay cupo la misión de apoderarse de Montblanch, y al pasar, a mediados de septiembre de 1649, desde Lérida a Tarragona con un cuerpo de ejército de 7.000 infantes y 3.000 caballos, aprovechó la inacción de los franceses, llamado a Francia su general, duque de Haullin, y diezmos por los estragos de la peste bubónica, para acercarse a la villa, tomándola a los pocos días por combate e inmediata rendición. El general dispuso que acto seguido fuera desmantelado su recinto amurallado, recinto que no trató ya de reparar el generalísimo Vendome, cuando en 2 de agosto llegaba a Montblanch, de paso hacia el Priorato, en el año 1650. También por aquellos días fueron destruídas las murallas de Constantí, Alcover y la Selva, levantadas en la segunda mitad del siglo XIV por mandato de Pedro IV de Aragón.

VI

Desde entonces, Montblanch conserva los restos de sus venerandos muros, como sello de la obra militar del siglo xiv, y la verdad es que no podían tener otro objeto, dados los adelantos que hicieron los pueblos al final del siglo xvii y durante todo el siguiente, en el arte de la fortificación militar.

De ahí que durante la guerra llamada de Sucesión, en tiempo de Felipe V, Montblanch fuese una población enteramente abierta, que visitaron muchas veces las tropas de los aliados y también las del monarca español en sus últimos años, sucediendo lo mismo durante la apellidada guerra de los franceses o de la *Independencia*, en que, una vez rota la línea del Llobregat por las tropas de Saint Cyr, los ejércitos del Capitán del siglo recorrieron varias veces aquella comarca en busca de víveres, librándose Montblanch del saqueo que a últimos de agosto intentaban practicar las tropas del general Machdonal, en el año 1810, gracias a la intrepidez del brigadier D. Pedro Sarsfield, que apostado en los desfiladeros de la Riba y Vilavert las persiguió terriblemente, obligándolas a abandonar con toda premura la citada villa.

Todavía, durante nuestras civiles contiendas, se ha pensado en fortificar la villa de Montblanch, como centro de una importante comarca y en concepto de punto estratégico de comunicación entre Tarragona y Lérida.

Uno de los jefes más caracterizados del alzamiento absolutista que acabó con el sistema constitucional por segunda vez establecido en el año 1820, fué fr. Antonio Marañón, (a) el *Trapense*, que recogido en Poblet con su comunidad de Maella, se sublevó a primeros del año 1822, pasando a Montblanch y abriendo las puertas de la cárcel a varios realistas allí encerrados, después de lo cual se dirigió a recorrer varias comarcas hasta apoderarse de Seo de Urgel.

La importancia que adquirió el movimiento popular en la provincia de Tarragona, obligó a designar para combatirlo a un general de tanto prestigio como D. José Manso, nombrado comandante general de la tercera división de Cataluña. El nuevo jefe, en 12 de noviembre del mismo año 1822, estableció su cuartel general en Montblanch, publicándo una alocución en que ofrecía

la paz y el perdón, fortificando una parte de dicha villa y arrojando a los realistas de los montes de Montblanch, Prades, Albarca y Montsant, hasta empujarlos hacia la cuenca del Ebro.

Otras partidas se armaron en Montblanch luego que salió de la villa el general, obligando en 1.º de enero de 1823 a aumentar su guarnición con una columna de infantería y caballería, al mando del capitán Calvet.

La anarquía que reinaba en las principales poblaciones, como Tarragona, Reus, Valls y Tortosa, que no pudo reprimir Manso apesar de sus esfuerzos, obligó a éste a entenderse con Moncey, duque de Conagliano, jefe del cuarto cuerpo de ejército francés a las órdenes del duque de Angulema, instalado su cuartel en Igualada, que hizo saber al general español lo ocurrido en Sevilla, donde estaba poco menos que recluso Fernando VII.

Manso, después de varios incidentes y gestiones oficiales, acabó por entregarse y firmar el convenio de Sarriá en 1.º de noviembre, y la misma conducta observaron varios militares a sus órdenes. Aunque se encargó del mando el general Milans, como continuara aquel estado de cosas, sin que mejorara su situación, el propio general Manso se propuso someter a la guarnición de Tarragona, entrando, al fin, en la capital el día 6 de noviembre de 1823, al frente de los mismos realistas que había combatido, ya abolido enteramente el régimen constitucional por un decreto del soberano.

En las dos siguientes luchas entre carlistas e isabelinos, que sembraron la discordia en el país durante el siglo XIX, se trató asimismo de designar a Montblanch, como base de determinadas operaciones militares, que no han de ser detalladas, ni pueden todavía juzgarse por el historiador, pues los sucesos que con ellas se relacionan, están demasiado presentes en la memoria de todos.

Ni las murallas de Montblanch ni otras obras defensivas más modernas sirven en los actuales momentos para los usos de la guerra y se avienen con los poderosos medios de ataque que emplean nuestros ejércitos.

Los restos del recinto amurallado montblanchense, deben conservarse como un monumento arqueológico, testimonio de las virtudes cívicas de nuestros antepasados y justificante pleno del amor a la tierra catalana de aquel soberano D. Pedro IV el *Ceremonioso*, uno de los monarcas más gloriosos de la Corona de Aragón.

EMILIO MORERA